

El segundo sexo: una obra fundante

una conversación imaginaria con Simone de Beauvoir

Juanita Barreto Gama

Trabajadora Social. Profesora Asociada Departamento
de Trabajo Social y Escuela de Estudios de Género.
Facultad de Ciencias Humanas Universidad Nacional
de Colombia.



Fuente: Revista Emma, No. 21, enero-febrero 2008, Deuche, p. 87

A modo de introducción

Voy a empezar expresando un deseo: que la vida me alcance para releer por cuarta y más veces, ahora enriquecida con los aportes de los encuentros que este Coloquio hace posibles. Un deseo que se acompaña de otro: ojalá que para esta nueva lectura logre disponer de tiempos y espacios propicios para saborearlo, degustarlo, re-descubrir en cada una de sus páginas, el justo valor de sus ingredientes; también para re-significar los procesos que permitieron a Simone de Beauvoir ofrecerlo a la historia como un alimento para los cuerpos de mujeres y hombres habitantes de este planeta, y para que, quienes volvamos a leerlo o quienes lo lean por primera vez, rindamos con esa lectura un homenaje perenne a todas las mujeres cuyas vidas se vieron truncadas por las múltiples violencias con las cuales se ha parido la historia de la sociedad.

Por ello quiero dedicar estos minutos que corresponden a mi intervención a todas las mujeres que han muerto en Colombia por causa de la ancestral reproducción de las violencias cotidianas que sustentan las atrocidades de la guerra y del conflicto armado que hoy galopa por el mundo, a velocidades cibernéticas.

Son 904 páginas organizadas en dos volúmenes. El primero titulado *Los hechos y los mitos*, el segundo *La experiencia Vivida*. Preguntas, caminos recorridos y hallazgos acerca del *Destino*, *la Historia* y *los Mitos*, concentran el interés de las 366 páginas que configuran el primer volumen.

Las 538 páginas que constituyen el segundo volumen, se inician con una introducción de solo un párrafo que terminé considerando imprescindible compartir hoy con ustedes en su totalidad, tanto por ser un enunciado conectivo de los dos volúmenes como por la envidia que me produce la capacidad de síntesis, de la cual como bien saben ustedes, yo estoy lejana, aún cuando lo intento:

“Las mujeres de nuestros días están destronando el mito de la feminidad; empiezan a afirmar de forma concreta su independencia; sin embargo, les cuesta trabajo lograr vivir plenamente su condición de seres humanos. Educadas por mujeres, en el seno de un mundo femenino, su destino normal es el matrimonio que las subordina de nuevo en la práctica al hombre; el prestigio viril está lejos de haberse borrado: sigue descansando en sólidas bases económicas y sociales. Es por tanto necesario estudiar cuidadosamente el destino tradicional de la mujer. ¿Cómo hace la mujer el aprendizaje de su condición?, ¿Cómo la vive?, ¿En qué universo se encuentra encerrada?, ¿Qué evasiones tiene permitidas? Esto es lo que trataré de describir. Sólo entonces podremos comprender los problemas que se les plantean a las mujeres que, herederas de un pasado muy gravoso, se esfuerzan por forjar un nuevo futuro. Cuando utilizo las palabras “mujer” o “femenino” no me refiero, evidentemente, a ningún arquetipo, a ninguna esencia inmutable; en la mayor parte de mis

afirmaciones hay que sobre entender "en el estado actual de la educación y de las costumbres" No se trata de enunciar verdades eternas, sino de describir el fondo común sobre el que se alza toda existencia femenina singular". (De Beauvoir, 367)

Este volumen concentra su atención en la *formación, la situación, las justificaciones* y el camino *hacia la liberación* de este ser humano que va caracterizando a través de sus páginas para demostrar que

"No se nace mujer: se llega a serlo." (Ob. cit. 371)

Toda la obra da cuenta de la indisoluble relación entre pensamiento y acción, entre sensaciones, emociones, percepciones, conceptos y perspectivas, que permiten a su autora abordar el estudio de problemas, circunstancias, condiciones, razones y sinrazones de experiencias que son procesadas con la mediación de la conciencia sobre este ser que se reconoce, se nombra y se hace mujer en condiciones existenciales construidas social y subjetivamente.

Comprenderán ustedes que el tamaño, la forma, el contenido y la solidez estructural de *"El segundo sexo"* me obligaron a preguntarme las razones por las cuales asumí el compromiso de presentar en este coloquio mis reflexiones sobre esta obra. Me pregunté varias veces ¿desde dónde situarme para abordarla?, máxime cuando son muchos los escritos que existen sobre ella. Opté entonces para enfrentar el miedo que me suscitó escribir esta ponencia, por buscar un encuentro coloquial con su autora. Por conversar

con Simone de Beauvoir. Continuemos entonces esta conversación que empezamos hace ya cinco minutos que se cuentan en dos páginas, imaginándonos que escuchamos su voz cuando decía:

"La mujer libre está naciendo ahora; cuando se haya conquistado quizá justificará la poesía de Rimbaud: "¡Las poetas serán! Cuando se haya roto la infinita servidumbre de la mujer, cuando viva para ella y por ella, cuando el hombre –hasta ahora abominable- le haya dado paso, ¡será ella también poeta! ¡La mujer encontrará lo desconocido! ¿Sus mundos de ideas serán diferentes a los nuestros? Encontrará cosas extrañas, insondables, repugnantes, deliciosas; nosotros las tomaremos, nosotros las entenderemos". No está claro que sus "mundos de ideas" sean diferentes a los de los hombres, ya que asimilándose a ellos se liberará; para saber en qué medida seguirá siendo singular, en qué medida estas singularidades tendrán importancia, habría que atreverse a hacer predicciones muy osadas. Lo que está claro es que hasta ahora las posibilidades de la mujer han estado ahogadas y perdidas para la humanidad y que ha llegado el momento, en su interés y en el de todos, de que por fin puedan disfrutar de sus oportunidades." ("Carta a Pierre Demeny el 15 de mayo de 1871." ob. cit., 285)

Y ahora, quiero decir: Simone, hoy deseo intensamente que las palabras con las cuales

terminabas la cuarta y última parte de tu obra, acompañen a quienes concurrimos en este hermoso recinto que nos convoca a evocar la historia, a reconocerla en su eterno presente, y a sostener esta conversación contigo, con la mediación de tu obra fundante.

Se trata de una conversación imaginada en tanto ya no estás de cuerpo presente; te imaginamos tras cada una de las palabras que has escrito y que mantienen viva tu presencia. Acudo entonces al recurso de la imaginación feminista, para dar cuenta hoy de la vigencia de tu obra, de la persistencia de tu pensamiento, de la pervivencia de las múltiples, variadas y sutiles resistencias y dificultades para convertirlo en práctica cotidiana; de los legítimos temores que nos asisten para poner en cuestión las palabras fundadoras y de los también legítimos atrevimientos y necesarias irreverencias cuando se acude al necesario recurso de la crítica y cada quien, las instituciones y la humanidad entera, va aprendiendo la necesidad de procesar sin violencia los conflictos y las contradicciones inherentes a la condición humana.

También, para invitar a descubrir cada vez más profundamente lo que se mantiene de las viejas realidades que describes en cada una de sus páginas, lo que se ha transformado en las posibilidades abiertas por la conciencia del devenir mujer, y lo que aún permanece oculto en la dinámica de las relaciones entre las mujeres, entre los hombres, entre las unas y los otros, siempre situadas en el mundo que habitan.

He optado por empezar esta conversación por el final de tu obra; más exactamente por las últimas líneas de esa cuarta parte anunciada desde la introducción del primer volumen y que decidiste nombrar dando finas puntadas en el camino que en su momento consideraste conduce "*Hacia la liberación*" (ob cit, 849-885).

Y en ese camino situaste a la que llamaste "*la mujer independiente*", título que diste al único capítulo de la cuarta parte de este volumen. Allí descubrí que mujer independiente es aquella que descubre la dimensión subversiva de la desobediencia, es decir su capacidad de subvertir el orden establecido; aquella que hace conscientes los vicios que la obediencia lleva consigo, que empieza a construir la desobediencia como una virtud y asume como una práctica cotidiana el ejercicio de la libertad.

Propusiste caminos para interrogar las raíces de la opresión de las mujeres contando para ello con preguntas tales como: ¿Cuáles son las condiciones en las que se moldean las particulares maneras como las mujeres desean, conciben, asumen y proyectan su liberación? ¿Por qué razones la producción individual y social del valor de la libertad exige al mismo tiempo la realización cotidiana de los valores de igualdad y solidaridad? ¿Cuál es el significado de asignar valor ético a las diferencias constitutivas de lo humano y de manera específica a las diferencias entre mujeres y hombres? ¿De qué diferencia hablamos? ¿Cuál es el aporte que las mujeres, con nuestro pensamiento y nuestra acción otorgamos a la realización cotidiana de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad?

Hoy quiero decirte algunas cosas que tal vez ya sabías desde mediados del siglo pasado cuando redactaste en escasas diez y seis páginas la *Conclusión* de tu obra monumental. Sabías ya que siendo esta cuarta parte la más pequeña en su tamaño y en su estructura, en comparación con las otras tres, es la más larga en el tiempo que lleva su realización, la más amplia en el espacio que demanda la puesta en práctica del ideario que la sustenta. Y no digo la más profunda, porque en esta materia, cada una de las páginas de tu obra y cada una de las partes que la constituyen, remite a la profundidad de las bellezas, las perversidades, las contradicciones y las potencialidades que lo humano lleva consigo, y todas éstas solo tienen el límite que le van trazando los lentos y difíciles procesos de construcción de valores éticos.

Y me detengo aquí para afirmar que ha sido en el curso de las varias lecturas a las diversas partes que constituyen esta obra monumental como fui aprendiendo que lo humano, así en sentido genérico, es decir, aplicado a toda la humanidad en su conjunto, al concretarse en cada ser toma una forma corporal determinada; que cada persona es nombrada al nacer de una manera específica, registrada en una planilla para su propia historia, en tus palabras para la historia de *ese ser singular* que es cada quien; una planilla, un libro, una piedra o una mente humana en la cual cada nuevo ser es adscrito, incluso en algunos casos de incertidumbre evidente –el hermafroditismo–, a un sexo determinado: varón o hembra. Y en virtud de dicha adscripción, realizada aún antes de recibir un nombre, queda toda la historia de la humanidad y con ella toda la historia de su condición sexuada, genérica y generizada inscrita en su cuerpo, en ese

cuerpo que anuncia el advenimiento de un proceso de sexuación, identificación y subjetivación, que va configurándose durante toda la vida, y como tu nos demostraste, haciendo historia.

También fui descubriendo que la humanidad en su conjunto necesita descubrir, reconocer y asumir que la manera como se inscribe esa historia en los cuerpos de las mujeres y en los cuerpos de los hombres, es sustancial y evidentemente diferente. Fui descubriendo también en el curso de estas décadas que tus preguntas acerca de la condición sexuada de los seres humanos fueron multiplicándose y echando a andar cada vez con mayor solidez preguntas y respuestas sobre lo que de esa historia nos es común a las mujeres y a los hombres y sobre los procesos de construcción social de las diferencias. Esos procesos que convirtiendo en natural lo

(...) **Se trata de una conversación imaginada en tanto ya no estás de cuerpo presente; te imaginamos tras cada una de las palabras que has escrito y que mantienen viva tu presencia. Acudo entonces al recurso de la imaginación feminista, para dar cuenta hoy de la vigencia de tu obra, de la persistencia de tu pensamiento, de la pervivencia de las múltiples, variadas y sutiles resistencias y dificultades para convertirlo en práctica cotidiana** (...)

que ha sido social y culturalmente construido, convierten la diferencia en desigualdad.

Te cuento que lo más interesante de tu obra es la posibilidad que ella ofrece para animar múltiples debates por parte de tus congéneres. En ellos están presentes deliciosas y también a veces terribles polémicas, y para solo nombrar algunas, a manera de ejemplo las tensiones entre los que me atrevo a llamar como esencialismos naturalistas y esencialismos culturalistas, inscritas en los profundos debates sobre las relaciones entre naturaleza y cultura.

Simone, debo decirte ahora que aprendí, que las mujeres tenemos el derecho a fundar y a fundarnos. Un derecho que fue reservado para los hombres en virtud de la asignación de roles y de territorios por géneros de la sinrazón de la escisión dicotómica entre lo público y lo privado y con ella entre lo productivo y lo reproductivo. Y cuidado, me advierto y advierto a quienes participan con la escucha de esta conversación, que deberemos estar alertas a no repetir la historia de la obsesión fundacional, porque ya sabemos que en materia de lo humano nadie parte de cero, no hay creación, propiamente dicha sino re-creación. Ahora discúlpame, me he tomado la palabra en esta conversación y ahora te la cedo para escucharte cuando afirmabas:

“Las restricciones que la educación y la costumbre imponen a la mujer limitan su poder sobre el universo. Cuando el combate para hacerse un lugar en el mundo es demasiado duro, no es posible abandonarlo; ahora bien, primero hay

que emerger en una soledad soberana si queremos tratar de rehacernos: lo que falta ante todo a la mujer es el aprendizaje, entre la angustia y el orgullo, de su abandono y su trascendencia”
(ob. cit., 882)

Y ahora, me detendré en esas dos condiciones que hicieron posible avanzar en el lento ejercicio del derecho de las mujeres a re-crear, a inventar, a innovar y a fundarse, es decir a tener un lugar y con ello a decidir, a regir su vida, a cambiar el rumbo a su destino. Se trata entonces de abandonar el lugar donde hemos sido situadas, de conferir a este hecho sentido trascendente, significado para nosotras mismas y para la humanidad entera; y repito tus palabras, todo ello haciendo frente a la angustia que se ancla en los temores inscritos en el cuerpo y a los riesgos de reproducir el orgullo representado en eso que llamas y que merece aún nuevos escritos “el prestigio viril” que siempre sigue deslumbrando, más aún en medio de las luces enceguedoras del ciberespacio.

Simone, tanto las afinidades que encontramos con tu vida y con tu obra como los interrogantes, los debates y las polémicas que suscita, en cuanto al ser sometida al escrutinio público continúa alimentando los espíritus críticos de mujeres y de hombres que se resisten a pensar dentro de los cánones del mandato patriarcal, me permiten decirte que fuiste sentando bases sólidas en el difícil y lento camino de legitimación del feminismo como movimiento social y como germen de un nuevo paradigma para comprender el mundo, sus

fenómenos y las relaciones que en él se generan, se nombran, se construyen y se de-construyen.

Por ello, tu obra se ha erigido como monumento histórico, y como todo monumento invita a hablar con ella más allá de los tiempos en que fue escrita; ofrece recursos argumentales, que dan cuenta de los indisolubles nexos entre razones y sentires, para responder preguntas tales como:

- ¿Qué se mantiene y qué se transforma de sus contenidos, de su estructura y de las diversas fisonomías que va tomando cada vez que hablamos con ella o de ella y cada vez que la ponemos en diálogo con las obras de tus congéneres de tu propio continente o de otros continentes por algunos de los cuales transitaste con tus propuestas y tus sueños?
- ¿Qué nuevas posibilidades ofrecen tus planteamientos de mediados del siglo veinte a medida que la humanidad va reconociendo y asignando valor al feminismo, diferenciándolo necesaria y vehementemente del machismo para no confundirlos nunca más?

Las feministas de todas las corrientes y vertientes de pensamiento sabemos que esa diferenciación es imprescindible para comprender que el feminismo abre caminos a la emancipación de las mujeres y con ellas de la humanidad entera, mientras que el machismo reproduce las condiciones que mantienen todas las formas de opresión, dependencia, dominación y subordinación de unos seres humanos respecto a los otros.

Las mujeres y los hombres de todas las edades, de todas las razas, de todas las etnias y de todas las clases y condiciones que habitan el mundo deben saber que esa diferenciación es imprescindible para comprender también que el feminismo, y con él las feministas que te antecedieron, aún sin saber que se irían a nombrar como tales —Hipatia de Alejandría, en el lejano oriente, Olimpia de Gouges, en la cercana Francia, María Cano y Débora Arango en nuestra entrañable patria—, abrieron el camino para ejercer en sus territorios el derecho de las mujeres a fundar y a fundarse en los campos de las Ciencias, las artes y las leyes; esas mujeres que te antecedieron y quienes contigo y con otras que fueron tus pares durante el siglo XX, dieron cuenta de la importancia del sufragismo, como una expresión precursora del feminismo en singular y abrieron caminos para referirnos hoy a los feminismos en plural, con los cuales denotamos las diversas vertientes y las nuevas corrientes de pensamiento y acción de las mujeres en los diferentes campos del saber y del hacer humanos, y a descubrir los necesarios nexos entre éstas.

El tiempo nos permite hoy concentrarnos en el análisis de los cimientos que tu obra representa para alimentar y consolidar los rumbos del llamado “feminismo de la igualdad”, para sentar las bases del que hoy reconocemos y sometemos al debate público entre nosotras mismas como “feminismo de la diferencia”, para mantener vivos los aportes y el sentido actual del “feminismo socialista”, para descubrir las condiciones que sustentan el considerado “feminismo radical”, que para muchos y tal vez

también muchas no tiene nada de considerado y para alimentar la emergencia del “feminismo lésbico”, naciente para esta vieja historia que vuelve a empezar, y no sin dificultad, a controvertir el modelo heterosexista, a poner en cuestión las cotidianas e imperceptibles prácticas homofóbicas aprendidas ancestralmente, y a develar la función de este modelo y de estas prácticas en la reproducción de las relaciones de subordinación y de dominio.

Deseo ahora que esta conversación se convierta en una invitación a descubrir el camino que recorres para responder las preguntas con las cuales se inicia *El segundo sexo*; pero antes permíteme destacar aquí que me sorprende y al mismo tiempo me alegra que dediques esta obra a tu amigo, Jacques Bost, con quien fuiste cofundadora de *Los Tiempos Modernos*, esa revista que presiento fue un nicho para abrir camino en la historia a las relaciones de pares entre mujeres y hombres. Indagué por Internet sobre este amigo tuyo, y allí me informé que fue este hombre quien después de leer tu escrito te sugirió llamarlo así. Quisiera preguntarte ¿cómo fue ese movimiento de la mente que te hizo acoger ese nombre?, y quiero preguntarte: ¿Mantendrías hoy ese nombre para tu obra? ¿Consideras que fue potencialmente transformador de la cultura que cuestionabas? Te cuento que durante los tres años que viví recientemente en la Alcaldía Mayor de Bogotá y durante este año de retorno a la Universidad, he ido madurando la idea de escribir atrevidamente el que desearía llamar “La pervivencia del segundo sexo en la vida institucional” y es

precisamente en este contexto que dejo formulada esta pregunta.

Escuchemos entonces tu voz en la formulación de tres preguntas con las cuales introduces el primer capítulo del primer volumen:

“¿La mujer?; ¿qué representa la hembra en el reino animal? Y ¿qué especie singular de hembra se realiza en la mujer?”
(*ob.cit.*, 67-68)

En ellas concentras la organización de los resultados de tu indagación acerca del *destino* trazado para las mujeres. Ellas alimentan tu interés investigativo del primer capítulo que titulaste *Los datos de la Biología* (*ob. cit.* p. 67-97) Estos capítulos cimentaron investigaciones de biólogas como Danna Haraway en *Ciencia, Cyborgs y Mujeres* o estudios psicoanalíticos de mujeres quienes ya desde sus posturas como contradictoras del psicoanálisis freudiano, ya como interlocutoras en tránsito por los caminos abiertos por su fundador, enriquecen estas perspectivas; la obra de Jane Flax *Psicoanálisis y feminismos, pensamientos fragmentarios* es apenas un ejemplo de ello. Y no me detengo a nombrar los desarrollos del que en su momento emergió como el feminismo socialista; por hoy puede bastarnos descubrir en la imaginación el diálogo que debió sostener con tu obra Gayle Rubin cuando escribía sus notas para una *Economía política del sexo*. Ellas orientan los diálogos que propicias entre los diversos campos del saber y al mismo tiempo las preguntas sobre los imaginarios y representaciones que acompañan el aparentemente sencillo uso de

las expresiones *macho* y *hembra* y con éstos, las asignaciones de valor que culturalmente se construyen para enaltecer al varón, subvalorando a la mujer o tasando en menor precio su trabajo o sobrevalorar la maternidad hasta el paroxismo y asignarla como la única y exclusiva posibilidad de realización de las mujeres mismas y de la sociedad que la convierte en destino o ideal sublime.¹

Y ahora nos concentramos por un instante en otra dimensión del carácter fundante de *El Segundo Sexo* con un reconocimiento a tus aportes para la comprensión de los estereotipos con los cuales se ha construido el conocimiento elaborado en la historia acerca de la función materna, dedicando unas líneas especialmente a las dimensiones vivenciales y prácticas que asumiste en tu propia trayectoria vital, al enseñar al mundo que el ejercicio de la autonomía de las mujeres y su construcción como sujetas de derecho pasa por la libre opción a la maternidad, por el derecho de cada mujer a la soberanía sobre su cuerpo.

Sobre este tema no diré más en esta conversación pues allí, dejaré la palabra a mi amiga y compañera de ruta Yolanda Puyana Villamizar, quien mañana dedicará su intervención en este simposio a este tema. En tu historia vital te uniste a la práctica concreta que muchas mujeres hicieron silenciosamente, de ejercer su criterio para decidir ser madres, haciendo entonces una ruptura práctica y conciente con el confinamiento de las mujeres al reino de la naturaleza y transgrediendo el destino que las divinidades, los símbolos y la cultura

patriarcal asignaban para las mujeres. Fuiste entonces una mujer irreverente.

Y déjame preguntarte: ¿Qué costos tuvo para ti esta irreverencia?; bien me podrás decir que esta historia está contada en muchas de tus obras; pienso por ejemplo en *La mujer rota*, también en *La sangre de los otros* o incluso, entre líneas y en toda la estructura que acompaña la historia de *Los Mandarines* o de *La fuerza de las cosas*; pienso también en los profundos debates de muchas de nuestras comunes amigas feministas. Pero esto sería motivo de otras conversaciones y queda allí para que otras y otros participen en ellas.

Volvamos entonces Simone al *Destino*, trazado para las mujeres y asumido con tanta reverencia y tanta pompa por las instituciones y con tanta obediencia y sumisión por las mujeres y los hombres.

Destino fue el nombre que diste a la primera parte de tu obra. En 57 páginas fundaste los que fueron convirtiéndose en la segunda mitad del siglo XX en imprescindibles diálogos entre la biología (cap. I), el Psicoanálisis (cap. II) y el Materialismo histórico (capítulo III). Allí tus propuestas metodológicas nos permitieron darle sentido a la búsqueda de alternativas para enfrentar esas categorías bipolares que reproducen la desigualdad. Esas categorías que al mismo tiempo dan cuenta y reproducen la fragmentación humana. Esas categorías mediante las cuales demostraste como fue situándose a la mujer en el orden de la naturaleza, al varón en el orden de la cultura, en un proceso tan

antiguo y tan diverso como la historia misma de la humanidad. Fundaste allí la posibilidad de controvertir la escisión entre naturaleza y cultura y con ello abriste camino para descubrir los efectos nefastos de haber erigido al Hombre con mayúscula y como representante de todo el género humano, en el Rey de la Creación.

Una escisión que hoy estamos pagando caro, aún con el riesgo de la pervivencia no solo de nuestra especie sino del planeta mismo. Un reinado en el cual depositaron mujeres y hombres su confianza y que aún hoy difícilmente se logra desmontar, mejor digo, de-construir asumiendo las posibilidades de estos nuevos lenguajes.

(...) de los legítimos temores que nos asisten para poner en cuestión las palabras fundadoras y de los también legítimos atrevimientos y necesarias irreverencias cuando se acude al necesario recurso de la crítica y cada quien, las instituciones y la humanidad entera va aprendiendo la necesidad de procesar sin violencia los conflictos y las contradicciones inherentes a la condición humana (...)

“Eva no fue creada al mismo tiempo que el hombre, no fue creada con una sustancia diferente ni con el mismo barro que sirvió para modelar a Adán: nació del costado del primer varón. Su nacimiento

mismo no fue autónomo; Dios no eligió espontáneamente crearla con una finalidad en sí y para ser directamente adorada, a cambio la destina al hombre; se la da a Adán para salvarlo de su soledad, tiene en su esposo el principio y el fin; es su complemento en el registro de lo in-esencial. Aparece como una presa privilegiada. Es la naturaleza elevada al carácter traslúcido de la conciencia, es una conciencia naturalmente sometida. Esta es la esperanza maravillosa que a menudo el hombre funda en la mujer; espera realizarse como ser al poseer carnalmente a un ser, a un tiempo que confirma su libertad a través de una libertad dócil. Ningún hombre aceptaría ser una mujer, pero todos desean que haya mujeres. “Demos gracias a Dios por haber creado a la mujer”. “La naturaleza es buena pues dio a los hombres la mujer. En estas frases y en otras similares, el hombre afirma una vez más con una ingenuidad arrogante que su presencia en este mundo es un hecho ineluctable y un derecho; la de la mujer un simple accidente, aunque un accidente afortunado. Al aparecer como una Alteridad, la mujer aparece al mismo tiempo como una plenitud de ser por oposición a esta existencia cuya nada experimenta el hombre a su interior; al afirmarse la Alteridad como objeto a los ojos del sujeto, se afirma como “en sí”, es decir como ser. En la mujer se encarna positivamente la carencia que lo existente lleva en su corazón. Al tratar de alcanzarse

a través de ella, el hombre espera realizarse". (ob. cit., 227)

Simone, acabamos de leer, de oír, quisiera decir, de escuchar de nuevo tus palabras, solo para invitarme e invitar a las y los acá presentes a seguir aproximándonos a ellas desde los espacios y tiempos donde estemos. Por lo pronto, sabiéndote mujer de tu tiempo y asumiéndome como mujer de mi propio tiempo. Sabiendo también que las escribiste hace poco más de cincuenta años, que cuando las escribiste andabas por los cincuenta y que cuando te leo de nuevo ya mis cincuenta corren en su curva ascendente casi para llegar a los sesenta... y óyeme bien: no hablo de descenso sino de ascenso; ¿qué dirán mis amigas, mis colegas y mis estudiantes quienes apenas andan por los veinte, por los treinta, por los cuarenta...?

Y aquí otra digresión en esta conversación: algo sabremos mañana cuando escuchemos a Diana Marcela Gómez, esta joven antropóloga, estudiante de la Maestría en Historia a quien la vida le puso encima mucho más de cien años de ignominia cuando la violencia institucionalizada en nuestro país acabó con la vida de su padre. Ya tendrás la posibilidad de conocer por tanto algo de lo que las jóvenes de hoy piensan sobre tu obra en nuestro país.

Volvamos a la conexión con las líneas anteriores. Cuánto me gustaría poder compartir acá sobre las diversas miradas que tuve de tu obra en los diferentes momentos de mi propia historia... en mis veintes, cuando te leí por primera vez, en mis treinta cuando empecé a sentirme joven adulta,

en mis cuarenta cuando ya era inocultable la adultez... en fin... Debo confesarte que volví a releer algunas de las páginas de *El segundo sexo* algunas veces para exorcizar mis miedos, y otras para comprender algunas de tus nuevas obras. No sabes y tal vez yo misma lo descubro ahora, a propósito de esta conversación imaginada, cuánta fortaleza me brindaban tus páginas al descubrirme como mujer y al reconocermme en ellas... cuántos disgustos con mis congéneres y también con los hombres con quienes compartíamos los idearios del cambio social y con quienes nos sorprendíamos y nos enfurecíamos por el conservatismo de sus roles, y al mismo tiempo por la reproducción de los mismos anclada en nuestras propias historias; mejor digo, en mi propia historia.

Cuánto me gustaría poner acá en circulación muchas palabras que fuiste tejiendo cuidadosamente en la segunda parte de este primer volumen que como ya dije denominaste "*Historia*" y que consta de cinco capítulos que no llevan nombre... Una historia contada en capítulos sin nombre; una historia que resolviste contar del I al V acudiendo a los números romanos y que registra lo innumerable de una cultura que legitima la violencia, la exclusión y la apropiación sin límites de los cuerpos de las mujeres y la expropiación sin límites de los cuerpos de los hombres a quienes convierte en héroes de las guerras y de su legitimación secular...

Cuánto me gustaría seguir trayendo a este auditorio mis particulares y sesgadas lecturas de la tercera parte de tu obra, de tus acercamientos a los mitos sobre el amor, sobre la maternidad,

sobre el saber, sobre el honor y sobre el poder, sobre las leyes y sus contradictorios procesos de construcción, para dar cuenta a través de tus propias palabras, de cómo fundaste nuevas posibilidades para enfrentar otras categorías bipolares que escinden el pensamiento de la acción, la práctica de la teoría, la forma del contenido, la apariencia de la esencia, el adentro del afuera; el sentimiento y la razón; la vida y la muerte. Pero he decidido suprimir esas citas en razón del tiempo y en consideración a mis colegas y amigas con quienes compartimos el honor de animar esta conmemoración.

Quiero detenerme un segundo en esa expresión que acabo de utilizar para decirte que te sabemos mujer de tu tiempo; con ello, he querido decir que te reconozco como una mujer que le apuesta con su vida y su obra a realizar los idearios de la modernidad y al mismo tiempo mujer fundante de los profundos y conflictivos nexos entre los ideales de la modernidad y la construcción cotidiana de valores éticos que subyacen en las apuestas y propuestas del ideario postmoderno. Y allí expresar otro deseo: que los profundos nexos entre modernidad y postmodernidad continúen consolidándose.

Me asusta pensar en una postmodernidad desconectada de los lentos y necesarios procesos de realización de los valores de la modernidad. No concibo la historia como un desarrollo lineal y por lo tanto, no es la modernidad una fase superada de la historia de la humanidad, como tampoco es la postmodernidad un periodo de la historia que apenas comienza.

Por todo ello quiero decirte: Simone con tu obra descubrimos que los cimientos para la construcción de la autonomía de las mujeres continuarán construyéndose en el día a día; aprendimos contigo que para que todas las mujeres y todos los hombres estén en condiciones de ejercer su autonomía será necesario de-construir el heterosexismo como modelo universal y la homofobia como práctica cotidiana; hoy sabemos Simone que leerle una y otra vez continuará siendo una necesidad.

Decirte finalmente que con esta conversación deseo que las mujeres de todas las edades, de todas las razas, las etnias y procedencias socioculturales, de todas las clases, estratos o niveles sociales como prefieran llamarse, de todas las orientaciones sexuales, de todas las opciones religiosas y políticas, y también todas las mujeres que viven situaciones existenciales de desplazamiento o condiciones concretas de discapacidad, en fin, las mujeres de todos los confines del universo, continúen encontrando en tu obra motivos para seguir conversando sobre ella y mantenerla viva, y ojalá no por los siglos de los siglos.

Cita

1 Véase al respecto Barreto Gama, Juanita y Yolanda Puyana Villamizar. *Sentí que se me desprendía el alma. Procesos y prácticas de socialización de mujeres de sectores populares*, Universidad Nacional de Colombia e INDEPAZ, Bogotá, 1996

Bibliografía

De Beauvoir, Simone. 1949. *El segundo sexo*. Ediciones Cátedra. Grupo Anaya, S.A. Universitat de Valencia. Instituto de la Mujer. Madrid. 1ª edición, 2005. 904 páginas. Traducción de Alicia Martorell, con prólogo a la edición española de Teresa López Pardina. Título original de la obra *Le deuxième sexe*. Ediciones Gallimard, 1949

Flax, Jane. 1995. *Psicoanálisis y feminismo. Pensamientos fragmentarios*. Ediciones Cátedra. Colección Feminismos No. 24. Madrid

Haraway, Donna J. 1991. *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Ediciones Cátedra. Colección Feminismos No. 28. Madrid

Thomas, Florence. 1985. *El macho y la Hembra Reconstruidos: Aportes en relación con los conceptos de masculinidad y feminidad en algunos Mass - Media colombianos. (Fotonovela - Canción - Comerciales-1984)*. Empresa Editorial Universidad Nacional de Colombia. Colección Popular No. 10. Bogotá.